

DS107
I 2



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

INTRODUCCION.

I.

Aun no soy viejo; pero ya voy despidiéndome lentamente de la juventud; aún soy jóven; pero ya me siento aproximar á las puertas de la vejez; y ántes de entrar en ese majestuoso si bien triste período de la vida, he querido realizar una ilusion engendrada en los dias más bellos de mi existencia; una ilusion que nació en mi espíritu al dulce calor del regazo materno; un deseo alimentado durante muchos años, alimentado y nutrido por un profundo sentimiento religioso; la ilusion de contemplar con mis propios ojos el cielo puro de la Palestina, el ardiente deseo de besar con mis propios lábios los santos lugares, donde se operó la redencion del género humano.

Muy niño era yo aún cuando leí la Biblia traducida al castellano por el P. Scio; y aquellas escenas patriarcales estampadas en el papel por inspiracion divina, cautivaron con irresistible poder mi mente; aún no habia abandonado yo mi pueblo, aún no habia salido de la casa en que nací, ni del sencillo, bello jardin donde se deslizó mi primera edad, cuando entre sus flores y sus copudos árboles leí los viajes á Oriente por el vizconde de Cha-

011111

teaubriand, por Lamartine, por D. Francisco Guerrero, y entre las neblinas de un porvenir incierto, concebí entonces la resolución, tal vez imposible, quimérica tal vez, de marchar al Oriente, de marchar allí, donde el hombre nació, allí donde se redimió al hombre, y de rendir un tributo, aunque con humilde pluma, á aquel venerando país.

Abandoné mi pueblo; murieron mis padres, ¡los dos en un mismo día! Luché con las contrariedades del mundo; ¡quién á mi edad no ha sufrido las amarguras del vivir.....! Me casé; y todos los años, todos, cuando se aproximaba la Semana Santa, todos los años renovaba el propósito de visitar la Santa Tierra, de recorrer la Palestina. Ese momento llegó por fin; Dios ha querido concederme tan gran placer, y en el año 1877, venciendo las dificultades que en España se ofrecen á un funcionario público, á pesar de las tempestades del equinoccio, á pesar de encontrarse el cólera en Theran y la peste bubónica en Bagdad; á pesar de acercarse el instante de la declaración allí de una sangrienta guerra, movido por un impulso irresistible me arranqué de los brazos de mi esposa, dí, aunque de léjos, mi adios al pueblo en que ví la luz primera y en que descansan las cenizas de mis queridos padres, y fui á buscar el santo lugar en que murió el Padre comun de la humanidad.

Ausente ya de mi patria, caminando hácia el Oriente, no podía resignarme á visitar solo la Palestina: si un sentimiento histórico y religioso me

conducía á ese privilegiado país, un sentimiento artístico é histórico me llamaba al Egipto; al Egipto, que disputa su antigüedad á la India, y que tantos misterios encierra bajo sus inmensos arenales y bajo su cielo de trasparente azul.

Antes de llegar á Jerusalem, dulce ensueño de mis primeros días, fui á la patria de los Faraones, visité la antigua Alejandría y sus arqueológicos tesoros. Yo fui al Cairo, y me extasié ante sus venerandas tradiciones; yo visité las pirámides, aquellos eternos monumentos de mudo y expresivo lenguaje; yo subí á la cumbre de la gran Pirámide, y en su cumbre dejé escritos algunos nombres queridos, y desde su cumbre se perdió mi vista por el Desierto de Sahara, y desde allí contemplé las extrañas pirámides de Sákara, y las ruinas de Eliópolis, que se alzan entre frondosas campiñas, y las ruinas de Menfis, que se alzan entre las abrasadoras arenas del Desierto. Yo crucé el Desierto, y llegué á las playas del mar Rojo, y habiéndome lavado en sus aguas, contemplé al suave fulgor del alba las elevadas cumbres del Africa y de la Arabia, aquellas cumbres donde el pueblo de Israel, despues de su milagroso paso por el mar, entonó cánticos de alabanzas al Dios de las misericordias; aquellas cumbres, que demontaña en montaña, que de roca en roca, van á engendrar el monte Sinai, en cuya cima se dictó un día entrerayo y truenos el divino Código el Código eterno de la humanidad. Yo me embarqué en Ismailia; yo atra-

vesé el Canal de Suez; yo admiré esa maravilla de nuestros días, y comparé asombrado esta obra colosal del siglo del vapor, que rellena los abismos, que horada los montes que une los mares, con las colosales obras de aquel otro siglo, que en gigantescos monumentos de piedra, eterniza su inmóvil y no bien comprendido pensamiento.

Pero de nada de esto voy á hablar en el libro que comienzo á escribir: más interesante, más grande y de origen más alto es el objeto que en él me guía.

Al regresar de mi viaje, al volver á mi querida España, surqué las blandas olas del Adriático y desembarqué en Brindis, y crucé la Italia, y admiré sus encantos. Me detuve en Nápoles, vergel de Europa; visité las ruinas de Herculano y de Pompeya; y dominado por una emoción profunda, miraba alternativamente á la víctima y al Druida, aquellas silenciosas ciudades, que sucumbieron ahogadas por los encendidos torrentes del Vesubio..... y á ese Vesubio, que sin cesar arroja por su cumbre inmensas mangas de humo, que á confundirse van con las nubes, ó llamas de fuego que enrojecen la tierra, el mar y el cielo. También me detuve en Roma; y las grandezas paganas y las grandezas cristianas de esta eterna ciudad desvanecieron mi espíritu. Hagamos abstracción del arte y del derecho; apartemos la vista de tantos hombres eminentes como ilustraron aquel suelo; cerremos el libro de la historia en las páginas de

su lividiosa corrupción..... pero ¿quién no tiembla, quién no se estremece al pisar las arenas del Circo, donde aún siente nuestra alma palpitar la cristiana sangre, durante tantos años derramada en él por inmortales héroes? ¿Quién no se horroriza al subir la cuesta del Capitolio, que una noche y otra noche fué alumbrada, durante el reinado del más cruel de los emperadores, con cuerpos embreados de cristianos?.....

Yo ví la plaza del Vaticano y la Basílica de San Pedro, la iglesia más grande del mundo, la iglesia á cuya sombra viven las obras de los primeros artistas de Europa; la iglesia que conserva parte de los cuerpos de San Pedro y de San Pablo; yo visité las catacumbas de San Sebastian, donde duermen el sueño de la bienaventuranza más de 75,000 mártires; y al atravesar aquellos angostos, interminables subterráneos, y al respirar aquella atmósfera sin oxígeno, ¿quién no adora la memoria de los atletas que allí descansan..... de los atletas que con su sangre plantaron las columnas de nuestra sagrada religión?..... Yo ví la cruz al pié de la cual, en aquellos tiempos de ensañada persecución, celebraban el santo sacrificio de la Misa; yo ví algunos sepulcros no abiertos, no removidos aún, al través de cuyas rendijas se percibe los esqueletos de algunos mártires, que allí reposan despues de su valiente, titánica lucha. Pero tampoco de esto voy á hablar en el libro que hoy escribo. Más grande es el objeto que en él me guía: en él voy á

recorrer paso á paso con el alma embriagada de religiosas emociones, la tierra que embelleció María con su planta, la tierra que santificó con su sangre el Hombre-Dios.

II.

El domingo de Carnaval, 11 de Febrero del año 1877, salí de Madrid en el tren correo de Cataluña; el lunes 12, á las nueve de la noche, entré en Barcelona; el miércoles 14, á las tres de la tarde, me embarqué en el vapor DANUBE (*Danubio*), de las mensajerías marítimas; despues de sufrir un grueso temporal en el golfo de Lion, llegamos á Marsella el juéves 15, entre siete y ocho de la mañana; recorrí la ciudad en una carretela; y aquel mismo dia 15, á las doce, salí en el vapor *Saïd*, tambien de las mensajerías marítimas, con rumbo al Sur; el sábado 17, á las seis de la mañana, disfruté la encantadora vista de Nápoles; lo mismo que en Marsella, recorrí la ciudad en una carretela, y á las doce en punto zarpó el vapor. El domingo 18, al brillar la aurora, cruzamos el estrecho de Mesina, dejando á babor las montañas de la Calabria y á estribor la isla de Sicilia, en la que destacaba majestuoso el elevado Etna, cubierto de nieve hasta la falda: perdimos de vista la tierra, y dimos nuestro adios á Europa, sintiendo entónces mismo despertarse en el alma dulces recuerdos de

nuestra querida patria: ya nuestra patria se habia ocultado entre las espumosas olas; ya nuestro horizonte era por todas partes el palpitante horizonte del mar. El miércoles 21, al brillar la aurora, y despues de una borrasca, en que navegamos con gruesa mar y viento contrario, descubrimos las deseadas playas de Egipto, la pintoresca Alejandria, cuyos contornos, formados por algunas mezquitas, por cien molinos de viento y por miles de palmeras, no parecen otra cosa que un encaje suspendido por encanto en el confin del cielo.

Allí se ofreció á nuestra vista de golpe la civilizacion egipcia, esa civilizacion tan distinta de la europea, que en vano intentará comprender quien no haya pisado aquel suelo, urna sellada del arte, de la ciencia, de la historia y de los misterios. Visité lo principal que contiene aquella ciudad cosmopolita, lazo mercantil entre el Oriente y el Occidente, siendo el *Jardin Pastré*, las *agujas de Cleopatra*, la *columna Pompé*, la iglesia fundada por *San Atanasio*, hoy mezquita, los objetos que más llamaron mi atencion. El juéves 22, á las siete de la mañana, tomé el tren que conduce al Cairo, á cuya populosa ciudad llegué el mismo juéves á las dos de la tarde: en el Cairo se observa tanto movimiento como en Lóndres; entré los venerables monumentos que esta capital atesora, merecen singular mencion, el *árbol de la Virgen*, el *pozo de José*, la *mezquita de Mehemet-Ali*, y las *pirámides de Gizeh ó Jeezeh*.

El *árbol de la Virgen* es un secular y corpulento sicómoro, que nace á legua y media de la ciudad, próximo á las célebres ruinas de Eliópolis, en el hueco tronco de cuyo árbol ocultó al niño Jesus la Virgen cuando con San José huía á Egipto, al darle allí alcance las tropas de Herodes, y sentándose ella delante pasaron aquellas sin descubrirlo. *El pozo de José* es una magnífica cisterna, que se abre junto á la gran mezquita de Mehemet-Alí á cuya cisterna se baja por ciento y tantas escaleras, y fué abierta por José, hijo de Jacob, cuando estuvo de gobernador en Egipto, con objeto de proveer de agua á la ciudad. *La mezquita de Mehemet-Alí* es un sorprendente edificio de colosales proporciones, de mármol bruñido, donde se rinde culto á Mahoma, y donde se halla sepultado en magnífico panteon el célebre virrey Mehemet-Alí. Entre los grupos de Pirámides que en el país que riega el Nilo figuran en primer lugar, llaman la atencion las de *Gizeh, Ghizeh, Jeezeh, Djizeh ó Dschaze*, llamadas vulgarmente *las Pirámides de Egipto*, y son Cheops, Cefrenes, Micerynus Filista, y cuatro ó seis muy pequeñas, que, ó no acabaron de construirlas, ó los siglos van destrozandolas ya.

El lunes 26 salí del Cairo con direccion á Suez; el martes 27, despues de haber cruzado el Desierto, vi despuntar la aurora en las playas del mar Rojo; el mismo 27 volví por el Desierto á Ismailia, y embarcándome allí en el vaporeito número 4 de la empresa del Canal, crucé éste y llegué á Port-

Said el mismo 27 á las doce de la noche. En Port-Said me detuvieron, con harto dolor mio, algunos dias las tempestades del equinoccio; el 5 de Marzo me embarqué en el magnífico vapor *La Seine*, tambien de las Mensajerías Marítimas, y á las cinco de la tarde zarpamos con rumbo á Palestina.

Si la Providencia me concede la salud de que hoy carezco, me propongo escribir una obra extensa, recreativa, á la par que histórica y científica, que abrace el Egipto, Port-Said y su canal, la Palestina y Roma, en la cual ponga de manifiesto entre la descripcion de lugares, de usos y de costumbres, los tesoros monumentales que archivan en su seno esos antiguos países; el estado de su civilizacion actual, y los profundos estudios y los grandes descubrimientos que en ellos están haciendo en la actualidad sábios europeos y egipcios.

El libro que hoy escribo, este pequeño libro que someto á la benevolencia del público, no tiene esas proporciones, pero en cambio es un libro más piadoso; es un tributo que rindo á mis creencias religiosas; es un suspiro de mi alma; es una flor que planto en la sepultura de mis padres! Este libro está escrito con el corazon, no con la cabeza; ninguna parte tiene en él la razon, en él todo es sentimiento. Y solo el sentimiento se despliega en los Santos Lugares; porque del suelo brotan allí las emociones; porque las emociones bajan allí del cielo; y nuestra alma se rinde allí magnetizada por inmenso, misterioso, sublime influjo.

En este libro pretendo hacer una descripción exacta y detallada de Jerusalem y sus alrededores; porque aunque mucho se ha escrito de la Ciudad Eterna, y mi pluma sea la más humilde de cuantas de ella se han ocupado, aún queda mucho que decir, aún queda bastante que aclarar.

Lector querido, vamos juntos á Jerusalem; juntos daremos los dos una vez los paseos que tantas veces he dado yo solo; yo te colocaré en los lugares en que yo me he conmovido, esperando que tú también te conmoverás; yo te llevaré á los sitios en que he vertido lágrimas, esperando que las verterás tú también. Vamos, lector querido, vamos juntos á Jerusalem, que al pisar aquella tierra se siente renacer la fé y despertarse la esperanza. vamos al huerto de Gethsemani, donde Cristo apuró el cáliz de la amargura por el hombre, y arrodillándonos al pié de aquellos seculares olivos, testigos de la pasión de Jesus, recojamos como dice Lamarine, los santos pensamientos que silenciosos se desprenden de sus copas. Vamos al Jordan, cuyas aguas bañaron un dia los piés y la cabeza de Cristo. Vamos á la cumbre del monte Olivete, donde veremos la huella que en dura roca estampó Cristo con sus piés al remontarse á los cielos. Vamos á Sion; vamos á Jericó; vamos á Betlem... Atravesemos, lector querido, la calle de la Amargura; caigamos de rodillas junto al Santísimo Sepulcro; subamos despues á la cumbre del Calvario, y arrodillados junto al agujero de la Cruz, y

arrodillados en aquel pedazo de tierra que recibió gota á gota la sangre de Cristo, pensemos un instante en María; pensemos en aquella mujer purísima, en aquella afligida madre, y quebrantando con nuestro espíritu los tiempos, y volviendo con la imaginación al pasado, á un pasado que jamás parece, recojamos aquellas santas palabras, bálsamo de consuelo, faro de esperanza, garantía de perdón..... recojamos aquellas últimas palabras que el Hombre-Dios pronunció, cuando al exhalar el postrimer suspiro, dijo, elevando sus ojos al cielo: *¡Padre, perdónalos, que no saben lo que se hacen! Pater ignosce illis, quia nesciunt quid faciunt.*